

## Igor Strawinsky

1882-1971

La noticia de la muerte de Igor Strawinsky, acaecida en Nueva York el 6 de abril de 1971, no puede sino conmover profundamente a todo el mundo musical y cultural, aún cuando el compositor, llegado a una especie de renanso creador, coincidente con su avanzada edad, constituía más bien una figura venerada, un clásico en vida, lejos del mundanal ruido.

Pero la conmoción es inevitable y plenamente justificada, tratándose de Strawinsky, precisamente por esa tranquilidad subconsciente nuestra, de saberlo ahí, vivo y alerta como siempre, y quizá sí, pese a los años, dispuestos a sorprendernos e inquietarnos todavía una vez más. Y, sobre todo, por tratarse del último sobreviviente entre todas aquellas figuras de proa, que abrieron de par en par las puertas del siglo veinte al viento renovador de la aventura renovadora: Debussy, Schönberg, Bartok, Berg, Prokofiev, Webern...

Y aunque sabemos que la historia no es el producto de ningún individuo en particular, por muy genial que éste sea, no se puede desconocer tampoco el hecho de que Strawinsky haya pasado a ser el símbolo de aquel momento crucial, algo así como el prototipo del músico contemporáneo. De este modo, adquiere relieve la sensación de que con su desaparecimiento se cierra toda una época de la historia musical, a pesar de que el término de la misma se produjo mucho antes, determinado por la segunda guerra mundial.

¿Cuál es la razón entonces, de que nuestro siglo se sienta representado en la persona y obra de Strawinsky? Creemos que es la misma que provoca un fenómeno similar en el campo pictórico con la figura igualmente genial de Picasso. En ambos constatamos la presencia de la contradicción, claramente asumida y profundamente vivida, como impulso constante y decisivo de la actividad creadora. Una misma capacidad proteica, sin dejar de ser ellos mismos. Hasta la mirada penetrante de ambos, no es quizá, sino la lucidez de captar las propias contradicciones. Y así, pese a su relativa popularidad, el uno y el otro continúan siendo algo inasible y enigmático.

Pero es esta presencia de la contradicción lo que da a Strawinsky —como a Picasso— ese carácter único de representatividad de una época esencialmente crítica, desgarrada por hondas convulsiones, como es la nuestra.

Así, después de expresar tan lúcidamente, a propósito de las críticas hechas a "La Consagración de la Primavera", que "la revolución no es el caos sino un nuevo orden", continuó trabajando dentro de un "orden" que no era precisamente el "nuevo" que él mismo había trazado...

Y no es la menor de sus contradicciones el haber llegado a afirmar categóricamente que "la música, por su esencia, no está capacitada para expresar emoción alguna", después que el mismo se había encargado de dar el

más rotundo mentís a tal declaración, sumergiéndonos en el mundo maravilloso de la leyenda rusa en el "Pájaro de Fuego", conmoviéndonos con el dramatismo chaplinesco de "Petroushka"; después de envolvernos en el telúrico lirismo y haber desencadenado el vértigo dionisiaco de "La Consagración de la Primavera"; después de la "Historia del Soldado", tragicomedia de la desesperanza; después de "Las Bodas", quintaesencia del alma popular eslava.

Felizmente para nosotros ahí está su obra para contradecirlo, especialmente la de aquella segunda década del siglo en que él contribuyó de un modo decisivo a dar un vigoroso golpe de timón a la evolución del arte musical y es por eso, también, que permanece vivo entre nosotros, superando esa última contradicción que es la muerte.

Y esa vitalidad y permanencia no son producto solamente de su genio individual, sino además, porque gracias a él supo concretizar la irrupción remozadora de Oriente en un Occidente parcialmente agotado —al borde del colapso de la primera guerra mundial— y cuyo puente es lo ruso, en su doble aspecto de canto popular y tradición cultural bizantina. Quizá, entonces, el desecho del compositor de ser enterrado en Venecia, cabeza de puente de la cultura bizantina, obedece a razones muy profundamente vividas.

Y son esa vitalidad y permanencia también, las que nos llevan a rechazar el panegírico fácil, propio del lejano respeto debido a un personaje de museo, y preferir en cambio una visión crítica, seguros de que el genio de Stravinsky saldrá airoso de la prueba y porque esta irreverente confianza nos parece la actitud más justa hacia aquello que verdaderamente vive y que verdaderamente se ama.

Es así como creemos y esperamos, entonces, que ese canto venido desde el fondo de los tiempos de la Rusia prehistórica:

ЧАСТЬ ПЕРВАЯ.  
ПОЦВЛУЙ ЗЕМЛЮ.

PREMIÈRE PARTIE.  
L'ADORATION DE LA TERRE

Вступлѣніе.

Introduction.

Dirett. d'edizione rivista  
Edita da F. H. Schneider

Lento *♩*. se tempo rubato.

colla parte

Clarinete 1 in La.

colla parte

Clarinete basso 2 in Sib

Solo *ad lib.*

Fagotto 1

colla parte

Corno 2 in Fa

Lento *♩*. se tempo rubato.

Igor Stravinsky.

y llegado a ser universal, continuará resonando hasta el fin de los tiempos, como uno de los momentos culminantes de la música y como un testimonio de amor al mundo y a los hombres.